



Psicología de la nostalgia

Psychology of nostalgia

■ Cecilio Paniagua*

Resumen

Es la evocación de recuerdos queridos lo que caracteriza la nostalgia. Ésta supone una yuxtaposición de sentimientos de gozo y aflicción por el pasado. El análisis de este fenómeno psicológico nos retrotrae, por lo general, a etapas infantiles enraizadas en la relación materno-filial. Épocas, lugares y personas suelen añorarse de modo distorsionado porque la finalidad de la nostalgia no es la fidelidad histórica, sino la inducción de autoestima y de unos sentimientos de seguridad que contrarresten la angustia provocada por la amenazante toma de consciencia del desamor, la indefensión y nuestra finitud.

Palabras clave

Nostalgia. Autoestima. Sentimientos de seguridad. Relación materno-filial.

Abstract

It is the evocation of loved memories that characterises nostalgia. Nostalgia implies the juxtaposition of pleasure and grief for the past. Generally, the analysis of this psychological phenomenon brings us back to periods of our childhood rooted in the mother-child relationship. Times, places, and persons are usually recalled in a distorted fashion, for the objective of nostalgia is not historical fidelity but the induction of self-esteem and feelings of safety that may counter anxiety whenever awareness of lack of love, defencelessness and finitude threatens to come to the fore.

Key words

Nostalgia. Self-esteem. Safety feelings. Mother-child relationship.

* El autor es Doctor en Medicina, psiquiatra y psicoanalista.

Significado de la nostalgia

El término “nostalgia” deriva del griego *nostein* = regreso, y *algia* = dolor. Implica un deseo doloroso de regresar, pero de regresar ¿a dónde?, ¿con quién?, ¿a qué época? La literatura está repleta de obras expresivas de la añoranza por personas, lugares y tiempos pasados, de cantos a paraísos perdidos; después de todo, como señaló Jean Paul Richter, “la memoria es el único paraíso de donde no podemos ser desterrados”. Pero, ¿son fidedignos los paraísos de nuestra memoria? La investigación psicoanalítica de los recuerdos queridos que atesoramos nos retrotrae *asociativamente* siempre a la infancia, esa “única patria del hombre”, en el decir del poeta Paul Éluard.

Tanto la experiencia clínica como los hallazgos experimentales, muestran que la memoria es una facultad poco fiable para imágenes de etapas tempranas de la vida. Decía Freud (1899) que más que recuerdos de nuestra niñez teníamos recuerdos acerca de ella: “Todos nuestros recuerdos infantiles conscientes nos muestran los primeros años de nuestra existencia, no como fueron, sino como nos parecieron al evocarlos luego, en épocas posteriores. Tales recuerdos [...] han sido *formados* en ellas, interviniendo en su selección toda una serie de motivos muy ajenos a un propósito de fidelidad histórica” (*Los recuerdos encubridores*, 1899). Esta serie de motivos obedece a la necesidad de crear *mitos personales* que repriman las representaciones mentales negativas y expresen, por otra parte, fantasías inconscientes de bondad y bienestar. Más tarde, estas distorsiones mnémicas se hacen patentes sobre todo en situaciones de regresión psicológica, y es en esas situaciones, especialmente las dramáticas y amorosas, que solemos sumirnos en los ensueños de la nostalgia.

Los anhelos insatisfechos poseen mayor poder evocador que las percepciones objetivas de la realidad externa. Éstas pueden interferir con lo que internamente se quiere ver. En *Espejismo*, un poema de José Fuentes, se halla esto bien expresado: “Y sobre esta miseria carnal de mis despojos, / De mis cinco sentidos con aversión reniego. / No supe conocerte, porque era un pobre ciego: / Para ver bien quién eras me estorbaban los ojos”.

Es muy probable que el poeta, más que conocer, estuviese intentando *reconocer* algo en su amada; si no, ¿por qué habrían de estorbarle los ojos? Seguramente, sin saberlo, como tantos enamorados, quería formarse un concepto grato muy especial de ella e interpretar su realidad a través de un prisma personal forjado en la infancia. Para este propósito la nitidez perceptual de los sentidos representaba un obstáculo, y así, el autor parece estar diciéndonos que los ojos de su cara cegaban los de su alma ensoñadora.

La nostalgia siempre implica una yuxtaposición de sentimientos de gozo y de aflicción, pero por regla general, los poetas enfatizan el componente penoso del recuerdo, “Añadiendo siempre / Pasión a pasión, / Memoria a memoria, / Dolor a dolor” (Góngora), porque el padecimiento parece más ennoblecedor que el placer: es la victoria del masoquismo moral, expiador éste de sentimientos inconscientes de culpa. El deleite es, claro, un resultado más directo de gratificaciones instintuales y, por tanto, es más susceptible de despertar nuestra censura superyoica. La frustración es un motor mucho más poderoso que la

satisfacción a la hora de intentar transformar las fantasías en sublimación artística. Además del gusto masoquista proporcionado por el sufrimiento y el sacrificio, existe el deseo de buscar consuelo despertando sentimientos maternos protectores y cariño compasivo.

Es en la niñez donde tienen su origen inicial los sentimientos de nostalgia. Experiencias de épocas posteriores a los años más tempranos son, en realidad, orígenes segundos de dichos sentimientos (aunque la persona los experimente como primeros). Las fuentes infantiles forjan moldes en los que van a encajar —o no— las frustraciones, añoranzas y desengaños posteriores. Estas fuentes suelen ser objeto de represión y acaban resultando parcial o totalmente inconscientes. Anhelamos el retorno a las etapas infantiles con esa “insaciable sed de afecto” de que hablara León Tolstoi en sus *Recuerdos*. Fue entonces que gozamos de aquella sensación de seguridad y aceptación plena que la singular relación con el amor materno nos procuró. Sin saberlo, añoramos el retorno a la misma existencia intrauterina. Se ha dicho que los impulsos sexuales no son sino nostalgia, esto es, deseo de volver al inicio físico de la existencia.

En condiciones normales, la madre incondicional existe sólo en la infancia temprana. En el niño, el amor de esta madre (o figura materna) sufre entonces una *introyección*. Este proceso de internalización de la bondad permitirá al niño desarrollar una autoestima saludable, que es la que le hará sentirse intrínsecamente valioso y merecedor de cariño y respeto el resto de su vida. Después de esa fase inicial, el amor totalmente incondicional cesa —o debe cesar— y comienzan —o deben comenzar— las expectativas y exigencias. Éstas impelen al niño a una adaptación normal a su medio, pero le suponen, por otra parte, una frustración; de aquí, seguramente, el mito universal del “paraíso perdido”. Aquí encontramos también la raíz de esa común tendencia a considerar que “Cualquiera tiempo pasado / Fue mejor” (Jorge Manrique). El nirvana de aquel estado, las percepciones tan placenteras de aquel primer cariño vuelven a activarse en los periodos de enamoramiento, aunque en estos haya normalmente elementos de la evolución psicosexual posterior. Así visto esto, el conocido dicho francés, *on retour toujours à ses premiers amours*, adquiere un significado más profundo. En el enamoramiento puede incluso recrearse el sentimiento del amor transgeneracional: “Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos, / Se besan los primeros pobladores del mundo” (Miguel Hernández). Esta evocadora idea alimenta las fantasías de esa fusión con otros seres que llamamos el *sentimiento oceánico*.

En el psiquismo humano es necesario entender el fenómeno de la conservación de lo pretérito. El pasado no es una mera etapa superada: sigue latente en el presente. William Faulkner nos recordaba: *The past is not dead; it's not even past!* En efecto, la infancia de los hombres persiste literalmente por debajo de los estratos psicológicos de la adolescencia y la adultez. Esta recóndita realidad psíquica, como tantas otras, parece haber sido entendida mejor por los poetas que por los científicos.

Tiempo y lejanía

En un conocido poema, Rubén Darío exclamó: “¡Juventud, divino tesoro; / Ya te vas para no volver!”. El envejecimiento supone la pérdida progresiva de facultades físicas y algunas psíquicas y, por tanto, es comprensible que se experimente como penoso y que se añore la mocedad. “Ayer se fue, mañana no ha llegado, / Hoy se está yendo sin parar un punto; / Soy un fue, y un seré y un es cansado”, nos dice Quevedo en uno de sus *Poemas morales*. Sin embargo, ya sabemos que la visión halagüeña del pasado no proviene sólo de la consciencia del paso de los años.

Para ahondar en los orígenes y desplazamientos de este sentimiento nos serviremos de un pasaje de *El Quijote* en que el héroe manchego arenga así a unos cabreros estupefactos: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro [...] se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes” (XI, I). ¿A qué “dichosa” y “santa” edad se refería Don Quijote? ¿Cómo entender su nostalgia por una edad que ni él vivió ni nunca existió? Prosigue el personaje cervantino, “Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían”. Aquí el autor nos proporciona una asociación mental explicativa del porqué de este nostálgico ensueño. Cervantes, en efecto, nos habla de vivencias infantiles, fantaseadas y embellecidas, de una madre nutricia y generosa. De nuevo nos encontramos con lo que los psicoanalistas conceptuamos como la madre pre-edípica buena y omnipotente.

En la nostalgia se echa mano del depósito de relaciones con las personas significativas de nuestro pasado con el fin esencial de preservar la integridad del *self* idealizado. A este efecto, las descripciones nostálgicas tenderán a reflejar el psiquismo del autor más que las cualidades objetivas de los seres queridos. Podemos incluso evocar lo que *nunca* fue. Existe la nostalgia por los sentimientos asociados a esperanzas incumplidas. Es posible sentir nostalgia no ya de algo que ocurrió, sino de la ilusión que uno tuvo de que hubiese ocurrido.

Tanto la separación temporal como la espacial estimulan la nostalgia. Es comprensible que los riesgos (reales o imaginarios) inherentes a lo desconocido nos hagan añorar la seguridad de lo familiar. Rafael Alberti en una muy nostálgica canción escribió: “Hoy las nubes me trajeron, / Volando, el mapa de España [...] / Yo, a caballo, por su sombra / Busqué mi pueblo y mi casa. / Entré en el patio que un día / Fuera una fuente con agua. / Aunque no estaba la fuente, / La fuente siempre sonaba”.

El gran poeta gaditano parecía ver y escuchar en una alucinación unos retazos amados de su pasado. A la patria, como a los familiares, se la quiere no tanto por ser buena, como por ser propia, y se tiende a idealizarla como se idealiza a los seres queridos. Un notable ejemplo de esto es el proporcionado por

el escritor judío polaco Bashevis Singer, premio Nobel de literatura, quien en Norteamérica escribió con nostalgia de una Varsovia bajo la ocupación nazi.

El hecho de considerar ideal la identidad del propio país, esto es, soslayar o justificar sus defectos, y exaltar o inventar sus virtudes, hace más posible el amor regresivo. En efecto, la representación interna de la patria no es sino una extensión témporo-espacial de las experiencias buenas vividas o fantaseadas con las figuras parentales (no en vano se habla de “la madre patria”). De la nuestra escribió José Zorrilla (*Cantos del trovador*): “En su desgracia, a par que en su opulencia, / Celebraré su fuerza y sus azares”, añadiendo en patriótico arrebatado: “¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias, / Grande, opulenta y vencedora un día, / Sembrada de recuerdos y de historias / Y hollada asaz por la fortuna impía! / Yo cantaré tus olvidadas glorias; / Que en alas de la ardiente poesía / No aspiro a más laurel ni más hazaña / Que a una sonrisa de mi dulce España”. El arrobamiento y la incondicionalidad de este afecto no puede tener otro origen que el del amor filial generalizado a la patria.

También es campo abonado para la nostalgia la evocación de épocas históricas de magnificencia, situación en la que se encontró España en la decadencia de su hegemonía. Lógicamente, las gentes “que todo lo ganaron y todo lo perdieron”, en el decir de Manuel Machado, tuvieron que añorar los tiempos de grandeza. “Y es más fácil, oh España, en muchos modos / Que lo que a todos les quitaste sola / Te puedan a ti sola quitar todos”, cantó Francisco de Quevedo en unos dolidos versos que barruntaban el colapso del imperio. El amor al propio país, en su ruina, y la identificación con sus características, se hallan bien ejemplificados en este otro conocido soneto de Quevedo que comienza: “Miré los muros de la patria mía, / Si un tiempo fuertes, ya desmoronados, / De la carrera de la edad cansados, / Por quien caduca ya su valentía”.

La nostalgia no siempre se generaliza al país entero. Frecuentemente lo que se evoca son imágenes del terruño más próximas a vivencias de la niñez o de unas etapas vitales especialmente entrañables (fidedignas, romantizadas o, más comúnmente, una mezcla de ambas cosas). Veamos algunos ejemplos: “¡Adiós, tierra de Soria; adiós al alto llano [...] / En la desesperanza y en la melancolía / De tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva. / Tierra del alma, toda, hacia la tierra mía, / Por los floridos valles, mi corazón te lleva”, escribió Antonio Machado en el tren que le conducía desde esa ciudad castellana, donde había muerto su joven esposa, a su Andalucía natal. Otro de trenes es éste de Alberti, en una de sus *Canciones del Paraná*: “Ríos inmensos y barcos / Que bajan hacia los mares. / Mas en el viento que pasa / Yo escucho trenes lejanos / Que van hacia el Guadarrama”. La grandiosidad del paisaje del Nuevo Mundo no es suficiente para anular el recuerdo juvenil emocionalmente investido y asociado a quién sabe qué constelación afectiva. En situaciones de inseguridad, ante lo desconocido, nos retraemos a esos “médanos de oro” (Juan R. Jiménez) que son los recuerdos que nos dan cobijo ilusorio. Esta es la esencia del mecanismo defensivo de la *regresión*. “Y siempre que te escucha el caminante / Sueña escuchar un aire de su tierra” (Antonio Machado). Evocamos la realidad pasada y, si es necesario, la distorsionamos, transformándola en impresiones que nos proporcionen sensación de cálido refugio.

Otra defensa psicológica en la nostalgia es la idea de la transmigración de los propios afectos hacia el ser amado. Miguel Hernández nos proporciona un buen ejemplo de esto cuando, desde la cárcel, evocando su hogar escribe a su hijo en una famosa nana, “Desperté de ser niño: / Nunca despiertes. / Triste llevo la boca: / Ríete siempre [...] / Ríete tanto / Que mi alma al oírte / Bata el espacio”. La utilidad defensiva de esta hermosa fantasía semialucinatoria reside en que al poeta le resulta entonces posible, en su terrible trance, vivir ilusoria y vicariantemente la libertad y alegría que quiere atribuir a su hijo: “Tu risa me hace libre, / Me pone alas. / Soledades me quita, / Cárcel me arranca”. Podemos habitar otros espacios, transportarnos a otras vidas. La imaginación humana vuela, no conoce trabas a la hora de contrarrestar la desesperación.

Las personas idealizadas

“Váyanse las noches, / Pues ido se han / Los ojos que hacían / Los míos velar; / Váyanse y no vean / Tanta soledad, / Después que en mi lecho / Sobra la mitad”, escribió estremecedoramente Góngora. Cuando no media la defensa psicológica del desplazamiento o la generalización y la nostalgia se refiere al recuerdo del amor mismo, la nostalgia por las personas amadas adopta un tono intensamente sentimental. Leamos estos versos de Rafael de Penagos: “¡Cuánto y cuánto daría porque en todo / Brillara aquel reír que se ha extinguido / Y fuera tu mirar lo que antes fuera! / ¡Cuánto por encontrar de nuevo el modo / De oponer a este invierno amortecido / Aquella relumbrante primavera!”. Apuntemos además que la libido en la nostalgia no siempre va dirigida a un amor romántico. Veamos el ejemplo de cómo requirió Sancho Panza, apenadísimo, a su señor, postrado éste en su lecho de muerte: “Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada...” (II, LXXVIII). Añora el buen escudero los tiempos de desvariado ensueño con Don Quijote, le anima a revivir aquella época de excitación y aventura, y, llevado del amor, se identifica con sus ideas delirantes.

A través de la identificación se mantiene imaginariamente el amor y hasta la misma existencia de alguien de quien dependemos emocionalmente. La capacidad humana en cuanto a esta internalización de los afectos y actitudes de las personas significativas de nuestro entorno parece infinita. Como ejemplo de identificación, admiremos ahora esta magistral pincelada de Azorín: “Cuando mi madre ha tomado en sus manos blancas esta mantilla, yo he visto que se quedaba un momento pensativa; esta mantilla es la de su boda. Y yo he sentido que una vaga tristeza —la tristeza de lo pasado— velaba sus hermosos ojos”. Un hijo, aquí, se identifica empáticamente con su madre; un hombre, por un momento, se pone en el lugar de una mujer y de su trayectoria sentimental de ilusiones y desilusiones.

Otro mecanismo psicológico al que puede recurrirse ante el dolor por la ausencia del ser querido es la minimización o negación del impacto de dicha ausencia. Tenemos un buen ejemplo de esto en el *Poema XX* de Neruda. Tras

decirnos, “Puedo escribir los versos más tristes esta noche”, y antes de confesar, “Mi alma no se contenta con haberla perdido” exclama el poeta incongruentemente, “¡Qué importa que mi amor no pudiera guardarla!”. ¿Cómo que “qué importa”? Los psicoanalistas llamamos *defensa maniaca* a esta reacción, con la que se intenta contrarrestar el sufrimiento por medio de la pretensión de invulnerabilidad y de una huida hacia la negación.

Para comprender la psicología de la nostalgia hay que tener siempre en cuenta que la ecuación “recuerdo = reproducción de la realidad objetiva” es una falacia. Rafael Alberti, en una balada, escribió, “Nostalgia que todo lo aleja y lo cambia [...] / Te tengo. Me tienes. Y no eres la misma. / Ni es el mismo sueño de amor quien te llena”. En lo referente a las imágenes de nosotros mismos o de los seres queridos la memoria tiende a mentirnos en el sentido de la benevolencia, cuando no de la idealización. Esto no es de extrañar, porque todos necesitamos conservar o *crear* cimientos positivos en que basar las representaciones buenas de nosotros mismos y de los seres a quienes amamos. Ello nos proporcionará sensaciones de autoestima y confianza, contribuyendo decisivamente a que no vivamos neuróticamente inhibidos ni atemorizados entre nosotros semejantes.

Buscamos con ahínco en el presente lo hermoso de nuestro pasado, lo que sentimos que dio significado positivo a nuestra existencia. Pero con frecuencia sucede que el presente es poco halagüeño y choca demasiado con las imágenes idealizadas de otras personas del pasado. Esto acentúa la tendencia a evocar como modélico lo pretérito. García Lorca, por boca de un personaje de *Así que pasen cinco años*, confesó, “Quiero morirme siendo ayer / Quiero morirme siendo amanecer”. A todos nos resulta indispensable un anclaje ideal más o menos firme en nuestro pasado. Decía Aliosha, personaje de *Los hermanos Karamázov* de Dostoyevski, que la más saludable y sustancial educación que podía dársele a una persona era la de proporcionarle en su infancia algún “recuerdo sagrado”. Esto refleja una gran verdad a la que se le podía haber añadido que, de todas formas y de un modo u otro, la persona va a procurarse dicho “recuerdo”, porque se trata de una necesidad psicológica.

La evocación nostálgica de la persona adulta está invariablemente relacionada con “aquel feliz tiempo pasado, cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres, y su madre, la más amorosa y bella mujer” (*La novela familiar del neurótico*, Freud, 1908). Estas idealizaciones proceden, en efecto, de nuestro psiquismo primitivo, y en la infancia son completamente normales y deseables; es más, los fallos en la función idealizadora generan cuadros de patología narcisista bien conocidos en clínica psicoanalítica. A medida que maduramos, dichas idealizaciones van chocando con la evaluación de las características reales de las personas a quienes amamos. Cada vez se hace más difícil mantener un estado de embelesamiento ante los seres queridos, resultando a veces traumáticas las desilusiones consiguientes. De hecho, las tormentas del periodo de la adolescencia son debidas no sólo a la intensificación hormonal de los impulsos, sino también a la decepción creciente que producen los padres. Miguel de Unamuno imploró así a Dios: “Vuélveme a la edad bendita / En que vivir es soñar. / Gracias, Padre, que ya

siento / Que se va mi pubertad; / Vuelvo a los días rosados / En que era hijo no más”.

En lo referente a los amores de la adultez podemos preguntarnos qué habría sucedido si no se hubiese deteriorado la idealización. Años más tarde ¿habrían empleado los poetas el mismo esteticismo exaltado para describirlos? Jean de la Bruyère dijo, cínicamente, “Añorar lo que amamos es una ventura si se compara con la realidad de vivir con el objeto amado”. Recordemos aquí la evocadora confesión de Neruda: “Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise”. De forma llana y realista, Azorín expresó así el curso más probable de acontecimientos en una nostalgia por un amor de la adolescencia: “Yo pienso a ratos, en tus manos blancas, en tus pies pequeños, en tu busto suavemente henchido; yo quisiera volver a aquellos años [...] Y esto no puede ser; tú vivirás en una casa oscura; acaso te hayas puesto gruesa, como todas las muchachas de pueblo cuando se casan; tal vez encima de la mesa del comedor haya unos pañales [...] Y yo siento una secreta angustia cuando evoco este momento único de nuestra vida, que ya no volverá, en que estábamos los dos frente a frente, mirándonos de hito en hito sin decir nada”. La angustia de Azorín denota la nostalgia por la belleza pretérita, el enfrentamiento a la caducidad y el reconocimiento penoso del cariño abortado. Quizás, precisamente para aliviar este último dolor tuviese el autor que pintar una escena doméstica deslucida, de quien fuera su amor juvenil.

Evocación de la muerte

“Divina Elisa, pues agora el cielo / Con inmortales pies pisas y mides...”, dice Garcilaso en una conocida égloga. La idealización tiende a ser máxima cuando, como en este caso, las alabanzas van dirigidas a una amante difunta. En similar circunstancia, José de Espronceda escribió en un famosísimo canto, “Aún parece, Teresa que te veo / Aérea como dorada mariposa [...] / ¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo, / Y otra vez ángel te volviste al cielo”.

La idealización nostálgica del ser querido desaparecido no siempre va dirigida a una o un amante. El célebre poema de Jorge Manrique a la muerte de su padre es un buen ejemplo de ello. Las *Coplas* manriqueñas son notorias por haber bastado por sí solas para dar inmortalidad al autor, lo que lleva a recapacitar sobre el atractivo intemporal de este tipo de encomios mortuorios. Tras la muerte se disuelve la ambivalencia que normalmente se tiene hacia la persona amada: desaparecen los rencores, las críticas, los disgustos, y queda el cariño, acendrado además por las reacciones de culpa. Éstas son las que suelen proporcionar el impulso principal a ese homenaje que es el ditirambo luctuoso. Está, además, el hecho de que por medio de este tipo de tributos poéticos se alienta, siquiera fugazmente, ese sentimiento de omnipotencia que nos permite hacer revivir a los desaparecidos. “Los muertos pueden vivir sólo con la intensidad y calidad de vida que les impartan los vivos”, señaló el novelista Joseph Conrad.

Los poetas consiguen conjurar, ilusoriamente, claro, la temible idea de que nuestra vida no es sino “un relámpago entre dos oscuridades” (en palabras de

Vicente Aleixandre), así como el horror de que todos los seres vivientes acabamos tornándonos “en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”, que dijera Góngora. Nos sentimos compelidos a rechazar, en contra de nuestra razón, tanto la finitud propia como la de los seres queridos. En *Duelo y melancolía* (1917) escribió Freud que existía una “oposición naturalísima” a renunciar a nuestros vínculos con los difuntos emocionalmente investidos: “Esta oposición puede ser tan intensa que surjan el apartamiento de la realidad y la conservación del objeto por medio de una psicosis desiderativa alucinatoria”. En efecto, esta clase de aflicción puede llevarnos a ideas formalmente psicóticas que nos hagan experimentar o creer en percepciones discordes con la realidad externa. Deseamos fervientemente creer que lo inanimado puede vivir. En un poema a una muchacha muerta, dice Aleixandre: “Cantas como si el nácar durmiera o respirara”. El saber que lo que antes era vivo ahora es inorgánico nos causa gran angustia; tanta que estamos dispuestos, por medio de intelectualizaciones apoyadas generalmente en las creencias compartidas por nuestra cultura, a defender el absurdo de que lo muerto sigue viviendo.

El sufrimiento por la más terrible de las pérdidas puede metamorfosearse en belleza. Veamos un hermoso ejemplo de cómo puede trocarse defensivamente una experiencia terrible de desolación en una vivencia gloriosa, en este canto de Lope de Vega a un hijo pequeño muerto: “A pesar de la sangre que procura / Cubrir de noche oscura / La luz de esta memoria, / Viváis vos en la mía, / Que espero que algún día / La que me da dolor me dará gloria / Viendo al partir de aquesta tierra ajena, / Que no quedáis adonde todo es pena”. El dolor del poeta se mitiga con la idea de que su niño sigue viviendo en él, en su memoria. Soñamos con volver a ver a los seres desaparecidos que quisimos. Es universal el deseo de encontrar en el futuro el buen pasado, o lo que necesitamos creer que fue el buen pasado. Pero el retorno al pasado, a cualquier pasado, no es posible más que en la memoria y en la fantasía.

Por lo general, en los poemas a una persona fallecida se glosa no sólo sobre sus atributos, sino también sobre la desolación y amargura de los supervivientes. Recordemos, por ejemplo, la desgarrada elegía de Miguel Hernández a su amigo Ramón Sijé, en que clama el poeta: “No hay extensión más grande que mi herida” y “Tanto dolor se agrupa en mi costado / Que por doler me duele hasta el aliento”. Antonio Machado, en otro conocido poema, pregunta a su joven esposa muerta: “¿No ves, Leonor, los álamos del río..?”, para terminar diciendo: “Por estos campos de la tierra mía, / Bordados de olivares polvorientos, / Voy caminando solo, / Triste, cansado, pensativo y viejo”.

Al ser menos cotidiana y parecer lejana, la muerte se presta más que otras calamidades a un tratamiento estético. Leamos aquí el final de un soneto de Quevedo: “Mi báculo más corvo y menos fuerte. / Vencida de la edad sentí mi espada, / Y no hallé cosa en que poner los ojos / Que no fuese recuerdo de la muerte”. En estos versos tristes (de los que los penúltimos parecen una metáfora del declinar sexual del hombre) habla Quevedo del “recuerdo de la muerte”. Con esto se refería, naturalmente, a que entre las ideas asociadas a sus sentimientos de ocaso, estaba la de que tenía que morir, no a que tuviera “recuerdo” de la muerte (precisamente es de lo único que no podemos tener

recuerdo). Ante este fatal acontecimiento, y con el objetivo de superar la angustia inherente a la incognoscible vivencia de nuestro fin, se recurre a menudo a tratarlo como si fuese verdaderamente una experiencia: una entidad conocida que puede ser aprehendida psicológicamente. El relato de Tolstoi *La muerte de Iván Ilich* quizá constituya el texto más ilustrativo del conflicto dramático generado por la consciencia de la propia muerte.

Es comprensible que revivamos episodios gratos (o la fantasía de unos episodios gratos) cuando se cierne la amenaza de una muerte, con el propósito de contrarrestar la angustia y la tristeza del presente. Así, cualquiera puede entender que aquel forzado del romance de Góngora que se hallaba “Amarrado al duro banco / De una galera turquesca”, evocase vivísimamente a su mujer, pidiéndole al “sagrado mar de España”, “Tráeme nuevas de mi esposa [...] / Que bien puedes si es verdad / Que las aguas tienen lengua; / Pero, pues no me respondes, / Sin duda alguna que es muerta, / Aunque no lo debe ser, / Pues que vivo yo en su ausencia”. Quien corría mayor riesgo de muerte era, claro está, el galeote y, defensivamente, éste (es decir, el autor en identificación con su personaje) desplaza el peligro hacia su esposa. Además, los últimos versos ejemplifican la común fantasía consoladora de que una persona muerta puede sobrevivir en el alma de quien la quiso.

Los poemas sobre la muerte a veces se refieren a la del mismo autor. Se trata en realidad de cantos a la propia supervivencia fantaseada. El poeta se siente capaz de escuchar “Voces que me aseguran que podré verte / Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte” (Federico Balart). Se trata, claro está, de un antídoto trascendental imaginario contra la angustia del fin. José Asunción Silva, un rapsoda de hace dos siglos, escribió en una fantasmagoría de su propia muerte, de “esa noche más larga que las otras”, como solía llamársela: “Mis ojos, que en recuerdo / Del infinito eterno de las cosas, / Guardaron sólo, como de un ensueño, / La tibia luz de tus miradas hondas [...] / Verán, en lo ignorado de la muerte, / Tus ojos destacándose en la sombra”. Con esta defensa animista lo que queremos preservar por encima de todo es aquello que consideramos más ennoblecedor de nosotros mismos: nuestra capacidad de amar. Y aquí es cita obligada el soneto de Quevedo *Amor constante más allá de la muerte*, que acaba así: “Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido, / Venas, que humor a tanto fuego han dado, / Médulas que han gloriosamente ardido, / Su cuerpo dejará, no su cuidado; / Serán ceniza, más tendrá sentido; / Polvo serán, mas polvo enamorado”. No hay mejor consuelo ante la angustia de nuestro inexorable fin que la idea de la pervivencia eterna del amor.